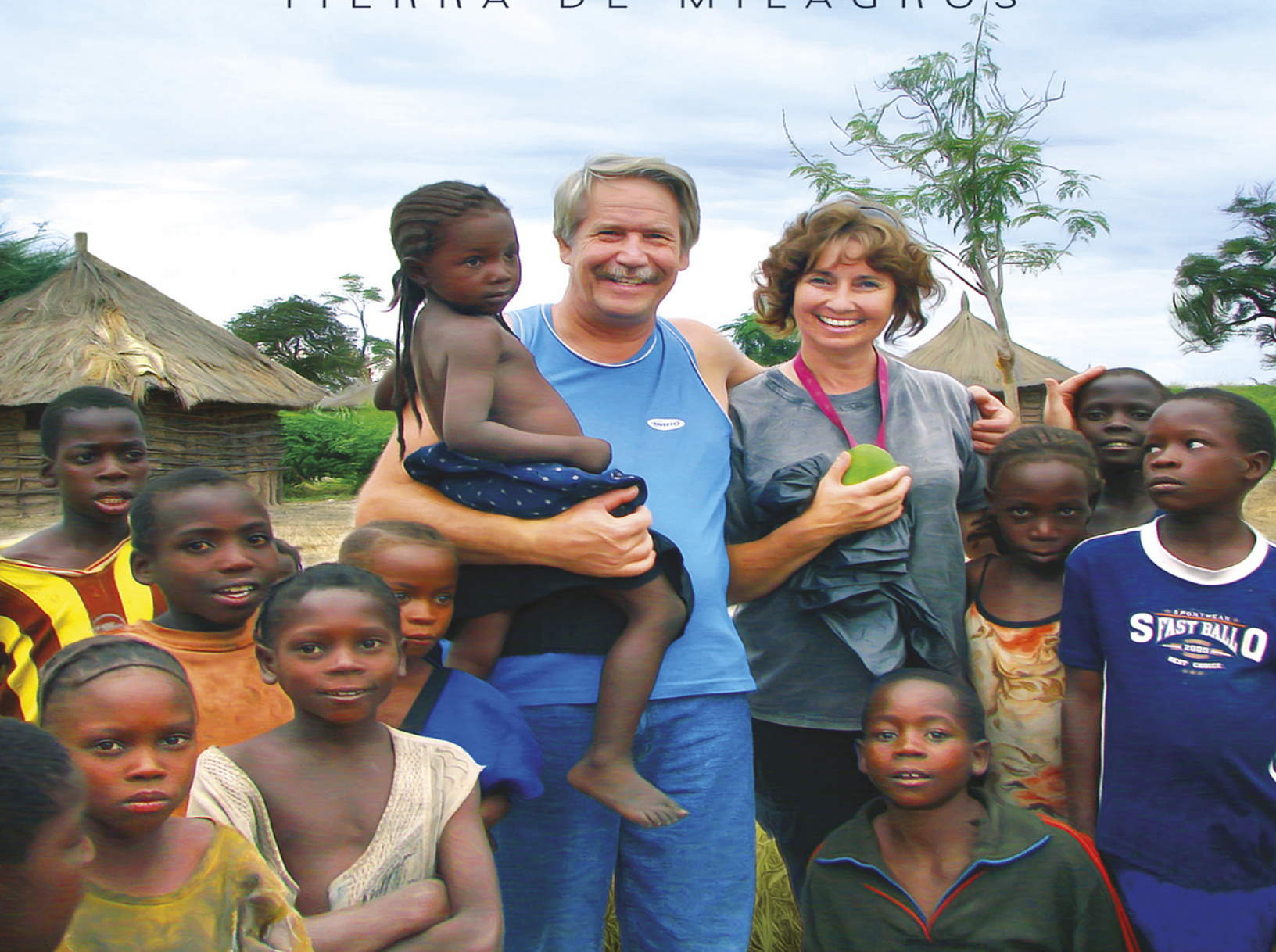


La emocionante historia de
quince años de servicio misionero

ÁFRICA

TIERRA DE MILAGROS



YOLANDA JACOBI MANGOLD

África, tierra de milagros

Yolanda Jacobi Mangold



Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Rep.
Argentina.

Índice de contenido

Tapa

Dedicatoria

Agradecimientos

Introducción

1 - Camino al África

2 - Encuentros y despedidas

3 - Por fin en Masanga, nuestro hogar

4 - Los rebeldes

5 - ¡Atacan el hospital!

6 - Aprendiendo a convivir

7 - ¡Noche de terror!

8 - Se acerca el fin de Masanga

9 - La partida

10 - ¡Aires de libertad!

11 - El segundo llamado

12 - El Instituto de Misión en Andrews

13 - El viaje de miles de Kilómetros

14 - “Rumbo a nuestro hogar”

15 - La nueva vida en Yuka

16 - La casa donde vivimos en Yuka

17 - Comienzan los milagros

- 18 - Manos a la obra
 - 19 - Nuestra comida
 - 20 - Encuentros con cobras
 - 21 - Nuestra querida Daisy
 - 22 - Un gran milagro
 - 23 - Los visitantes de Loma Linda
 - 24 - La preparación de un bote
 - 25 - La renovación del hospital de Yuka
 - 26 - Jóvenes enviados por la Universidad Adventista del Plata
 - 27 - La construcción de la Iglesia de Kakona
 - 28 - La llegada de un contenedor y una despedida
 - 29 - Travesía en el barro
 - 30 - Lucha contra los depredadores
 - 31 - La protección divina
 - 32 - Obra de amor por los enfermos
 - 33 - Fiesta de despedida
 - 34 - Tres grandes milagros
- Epílogo

África, tierra de milagros

Yolanda Jacobi Mangold

Dirección: Jael Jerez

Diseño de tapa: Lilia W. Peverini

Diseño del interior: Giannina Osorio

Ilustración de tapa y del interior: Yolanda Jacobi Mangold

Primera edición, e - Book

MMXX

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Printed in Argentina

Es propiedad. © 2013 Pacific Press® Publishing Association, Nampa, Idaho, USA.
Todos los derechos reservados. © ACES 2014, 2020.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-798-215-2

Jacobi Mangold, Yolanda

África, tierra de milagros / Yolanda Jacobi Mangold / Dirigido por Jael Jerez
/ Ilustrado por Yolanda Jacobi Mangold. - 1ª ed. - Florida: Asociación Casa
Editora Sudamericana, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo digital: Online

ISBN 978-987-798-215-2

1. Vida cristiana. I. Jerez, Jael, dir. II. Jacobi Mangold, Yolanda, ilus. III.
Título.

CDD 248.5

Publicado el 10 de julio de 2020 por la Asociación Casa Editora Sudamericana
(Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Tel. (54-11) 5544-4848 (Opción 1) / Fax (54) 0800-122-ACES (2237)

E-mail: ventasweb@aces.com.ar

Web site: editorialaces.com

Prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

Dedicatoria

Dedico este libro a mi esposo Helard y a mis hijos Glenda, Eric y Daisy con sus familias, quienes me brindaron el apoyo para emprender esta aventura de fe.

Incluyo en esta dedicatoria a los jóvenes que irán a servir a tierras lejanas confiando en el poder de Dios.

Agradecimientos

Agradezco a Dios, Autor y Dador de toda buena dádiva. También a mis padres, Rosita y Edmundo, quienes inculcaron en mí el deseo de servir al Señor por amor.

En forma especial, agradezco a Lilia y Tulio Peverini por su dedicada labor, que hizo posible la impresión de este libro.

Recuerdo, con amor, a nuestros hermanos africanos que compartieron con nosotros el gozo de servir a otros.

Por último, extiendo mis agradecimientos a muchos amigos de diferentes partes del mundo, que me impulsaron a contar nuestra experiencia en África.

Introducción

Desde que era pequeña, he vivido soñando con viajar a tierras lejanas para ayudar a gente realmente necesitada.

A través de las páginas de este libro, deseo compartir el anhelo de servicio que nos movió a mi esposo y a toda mi familia a mudarnos a África para ayudar a quienes no podían ayudarse a sí mismos.

En cada momento de nuestro caminar por esas tierras contamos con la maravillosa protección divina, con su ayuda incondicional, con la presencia de los ángeles a cada paso e, incluso, con la ayuda en cosas pequeñas que a veces no consideramos importantes.

El lenguaje escrito no puede expresar todo el agradecimiento que siente mi corazón al presentar esta obra. El amor de Dios estuvo presente en cada acto de misericordia hacia nuestros hermanos africanos, con quienes nos propusimos algunos proyectos que a los ojos humanos parecían imposibles de realizar. Dios proveyó los medios, y los multiplicó, así como hace muchas centurias multiplicó los panes y los peces.

Mi deseo sincero es que otras personas, sensibles al llamado divino, puedan lanzarse a cualquier aventura que Dios les esté proponiendo, sin temores ni excusas, porque sin lugar a dudas, él estará con quien desee seguirlo.

Sus promesas nunca fallaron a lo largo de toda nuestra hermosa experiencia, quizás a veces un poco fuerte de soportar, pero Dios jamás estuvo fuera de nuestra vida, ni lo estará en lo que nos queda de ella.

Invito a quienes amen la obra de Dios sin fronteras, a tener una experiencia de este tipo, siempre recordando que no debemos sentirnos impotentes, pues Dios proveerá todo lo necesario para hacer progresar el emprendimiento que nos proponamos, según su voluntad.

Capítulo 1

Camino al África

“Te he puesto para luz de los gentiles, a fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra”. Hechos 13:47.

¡Nos vamos al África, nos vamos al África! -celebraban los chicos.

Nuestros tres hijos estaban súper emocionados y más que dispuestos para la aventura. Glenda, de quince años, Eric, de trece, y Daisy, de diez, eran los tesoros más hermosos que Dios nos había regalado. Habían escuchado historias de misioneros legendarios en el África, y ellos también querían participar de alguna experiencia cargada de emoción. Por eso, cuando recibimos la carta de invitación para trabajar en Sierra Leona, les preguntamos primero a ellos, si estarían dispuestos a dejarlo todo para acompañarnos en la gran aventura de nuestra vida. Sin titubear, y a coro, respondieron con un:

-¡Síííí! -Y fue así que, después de orar, enviamos nuestra respuesta de aceptación, como principio de una larga y significativa experiencia de vida.

Nuestra casa había quedado recién terminada y lista para ser alquilada por una familia amiga. Ni siquiera la habíamos estrenado con todas las comodidades, pero eso no nos preocupaba. Nuestro mayor interés se hallaba más allá de los bienes materiales.

El año 1993 casi llegaba a su final. Dejábamos atrás padres, hermanos y una etapa de crecimiento, pero

mirábamos hacia adelante, sabiendo que nuestro Dios se encargaría de nosotros.

Abordamos el avión hacia Miami, y todos suspiramos aliviados después de haber corrido tanto y terminado una etapa importante como había sido coordinar cada detalle de nuestra partida.



Foto de la familia Mangold cuando estaba por emprender viaje a África para prestar servicio misionero.

Los tres hijos -Glenda, Eric y Daisy- se sintieron felices ante la aventura. Dios los protegió y los bendijo grandemente en su misión.

Al aterrizar en Miami, nos organizamos para pasar con nuestros 22 bultos de mano, incluyendo un maletín, donde estaban todos los documentos y el dinero que llevábamos para las compras. Helard, mi esposo, había encomendado todo nuestro tesoro a Eric, el hijo del medio, mientras él tramitaba toda la documentación en las ventanillas correspondientes. Con Glenda y Daisy, cuidábamos los bultos y los movíamos a medida que la cola de espera avanzaba hacia las ventanillas.

Habíamos subido y bajado por una serie de pequeños trenes que conectaban las diferentes salidas del aeropuerto, hasta llegar al lugar de las ventanillas.

De repente, Eric exclamó, aterrado:

-¡Papá! ¡No tengo el maletín! -Y acto seguido salió corriendo hacia los ascensores.

Las mujeres nos quedamos mirando atónitas, sin saber qué hacer.

Helard salió tras Eric y, mientras trataba de localizarlo, nosotras seguimos montando guardia con los ojos puestos sobre valijas y bultos que constituían todo nuestro haber.

Nuestras miradas eran más que elocuentes.

-¡Oremos, para que todo salga bien! -sugirió una de las tres, y ¡sí que lo hicimos!

Después de unos quince minutos que nos parecieron eternos, vimos aparecer a Helard con Eric y... ¡el preciado maletín! Ambos sonreían, y nosotras nos acercamos curiosas y ansiosas por saber qué había ocurrido.

Eric contó con palabras entrecortadas:

-¡Corrí y me subí al primer ascensor que encontré! - detallaba emocionado- Y luego, mientras iba orando, algo me dijo que tenía que cambiar y subir por otro ascensor...

-¿Yyyy? -preguntamos a una las tres, impacientes.

-¡Y se abrió una puerta y allí estaba solito! ¡Nadie había tocado el maletín! -Fue la respuesta cargada de emoción de nuestro hijo.

En un aeropuerto lleno de gente, que no le hubiera pasado nada a nuestro maletín, era solo el fruto de la protección de los ángeles.

Con lágrimas de emoción, hicimos un círculo, abrazándonos, y elevamos una oración de agradecimiento a Quien se había encargado de cuidar todo lo que poseíamos y, en especial, a nuestro hijo.

Rescatados todos los bultos y habiendo llegado a un alojamiento, pudimos dejar todo bajo llave y comenzar a recorrer los centros comerciales para armar nuevamente la casa. La idea era que compráramos lo más importante, para enviarlo luego en un contenedor que cruzaría el Atlántico, incluyendo un automóvil. Lo que no entrara en el auto, debíamos enviarlo en bultos a alguna de las empresas conocidas, a una dirección específica en Washington. Teníamos amigos que vivían allá, para recibirlos.

Conseguir un buen auto nos trajo malas experiencias, incluyendo una remolcada hasta Miami de vuelta, porque uno de los vehículos que compramos estaba fallando, y nos quedamos por el camino. Como estábamos de vacaciones, todo tenía color positivo. Fue divertido ver a Eric, Daisy y Helard sentados arriba de la camioneta, que a su vez estaba en el remolque, mirando desde allá arriba, y disfrutando del paseo al entrar en Miami. Glenda y yo viajábamos en la

cabina del conductor, quien hablaba un poco de español, pero se hacía el norteamericano, cosa que nos divertía mucho, considerando el momento que estábamos pasando.

Finalmente, Helard se puso firme con el señor que nos vendía los autos, y le habló seriamente, diciendo que necesitábamos algo fuerte y duradero, y que ya no teníamos más tiempo para jugar. Así que nos consiguió una Subaru familiar cuatro por cuatro, que nos llevó a Washington, donde debíamos tramitar los pasos para poner todas las compras en el contenedor, incluyendo la camioneta. Al completar todas estas diligencias, y ya listos para partir hacia Europa, alquilamos otra camioneta, y así nos dirigimos al aeropuerto de Nueva York. El agua de las calles se había congelado, hacía mucho frío, y pronto visitaríamos a nuestra familia en Suecia, donde todo estaría varios metros bajo nieve.

Capítulo 2

Encuentros y despedidas

“Sois [...] conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios”. Efesios 2:19.

Al llegar a Estocolmo nos esperaban mi hermana, su esposo y sus tres hijos. Fue emocionante encontrarnos después de varios años sin vernos.

Los sobrinos asistían a la escuela adventista en Rimbo. Al ser invierno, y más aún estando al norte, las sombras de la larga noche aparecían mucho más temprano que en otros países. Así compartíamos hermosos momentos durante las tardes privadas de sol, con los sobrinos que casi no hablaban español, pero igual nos comunicábamos, haciendo señas o simplemente hablando un poco de inglés.

Con ellos pasamos momentos preciosos. Disfrutamos mucho de los juegos de invierno. Pero todo momento lindo también pasa, y nos esperaba el resto del viaje hasta Sierra Leona.

Las despedidas no siempre son agradables, pero imaginábamos que, de alguna manera, nos veríamos muy pronto.

En Amsterdam nos teníamos que separar en dos grupos: Helard con los dos hijos menores debían ir a Freetown, Sierra Leona, y con Glenda, la hija mayor, nos debíamos dirigir a Nairobi, Kenia, donde debía dejarla interna en la Academia Maxwell, para los hijos de misioneros.

Cada grupo tomó su rumbo. Con Glendita estábamos un poco tristes por la separación y la emoción que eso implicaba. Todo era nuevo, hasta en el idioma estábamos limitadas, pero el Señor tenía preparado todo para que este viaje pudiera terminar de la mejor manera.

Por aquel tiempo, las computadoras y los correos electrónicos casi no se conocían, así que solo nos comunicaríamos por carta, fax o teléfono, medios que no siempre ayudaban para que el mensaje llegara a tiempo. Por lo tanto, no sabíamos si alguien nos estaba esperando en Nairobi.



La familia de Helard y Yolanda Mangold se despide de familiares en el aeropuerto de Estocolmo, antes de partir hacia Sierra Leona y Kenia.

Sin embargo, allí estaba, firme, el buen director de Maxwell Adventist Academy, un pastor y profesor que nos recibió muy amablemente y nos llevó a unos cincuenta kilómetros¹ de Nairobi, donde funcionaba un hermoso colegio secundario con internado.

Rápidamente nos hicimos amigas de mucha gente. Había chicos y profesores de todo el mundo. Con las que mejor congeniamos fue con las hijas del Dr. Maldonado, médico chileno, quien se encontraba trabajando como misionero en Camerún. Ya nos conocíamos del Sanatorio Adventista del Plata, Entre Ríos, Argentina, donde había hecho su residencia en cirugía general y en gineco-obstetricia.

Esa semana fue muy linda, pues, además de quedarme tranquila por dejar a mi hija en un lugar donde aprendería muchas cosas para la gloria de Dios, pude organizarle toda su ropa y enseres personales en el dormitorio, donde compartiría la habitación con otras dos chicas.

Además, compartimos momentos únicos en el comedor, en juegos al aire libre y actividades espirituales que nos inspiraron y ayudaron a comprender mejor otras culturas.

Había llegado el momento cuando debía separarme de mi hija. Nuevamente el director, siempre tan amable y servicial, nos llevó al aeropuerto, donde me tuve que despedir de Glendita. Lágrimas de sentimientos encontrados surgieron libremente.

Nos abrazamos largamente y descargamos todos nuestros sentimientos, hasta el momento del “hasta luego”, y con el brazo en alto y mi bolso en la otra mano, desaparecí de su vista para subir a bordo del vuelo que me llevaría hasta Abidján, la capital de Costa de Marfil, donde suponía que

alguien me estaría esperando para tomar el vuelo a Sierra Leona el siguiente día.



De izq. a der.: Daisy, Eric y Glenda acompañaron a sus padres al África.

Previamente había escrito un fax en mi escaso inglés, detallando mi número de vuelo y hora de llegada, simplemente confiando en que todo estaría dirigido por el Señor.

Así fue como arribé a Abidján, tratando de ver algún cartel con mi nombre; usualmente, de esta manera, se espera a una persona desconocida que llega del exterior.

Busqué afanosamente dicho cartel, sin conseguir nada. Ya había abandonado la búsqueda y, al salir un poco fuera del edificio, una persona local se me acercó y dijo algo parecido a mi apellido, con un fuerte acento francés. ¡Por supuesto! En Costa de Marfil se habla el francés, idioma del cual no conocía más que unas pocas palabras con las que apenas podía hacerme entender.

Con una gran sonrisa de agradecimiento a Dios, y ya aflojando mi tensión, confié en este chofer, enviado por la División, para que me llevara a un lugar seguro.

Una gentil dama suiza que hablaba español me recibió muy amablemente en el edificio para huéspedes de la División del Océano Índico. Pasé la noche cobijada en su confortable hogar. Mientras el sueño venía, agradecí al Señor por su maravilloso cuidado. En la mañana fui trasladada nuevamente al aeropuerto para realizar la última etapa de mi viaje por aire hacia donde estaban mi esposo y mis hijos menores.

Como siempre, el fax constituyó el medio de comunicación y no sé cómo, pero ¡Dios siempre se encargó de que todos ellos llegaran a tiempo!

Allí en Freetown se encontraba Helard con el administrador del Masanga Leprosy Hospital. ¡Qué alivio fue ver a mi esposo! Ya me hallaba nuevamente en casa.

Todavía teníamos que recorrer 250 kilómetros por caminos terrosos y cansadores, con algunas secciones de asfalto, vestigios de alguna buena ruta, pero al menos el viaje llegaría a su fin. Eso era lo que yo pensaba...

¹ Un kilómetro es igual a 0,62 millas. Una milla es igual a 1,60 kilómetros.

Capítulo 3

Por fin en Masanga, nuestro hogar

“Yo y mi casa serviremos a Jehová”. Josué 24:15.

Fue muy lindo encontrarme con Eric y Daisy otra vez, aun cuando Glendita había quedado a más de seis mil kilómetros de distancia. Nos abrazamos, por un largo tiempo, los que estábamos allí. Había que hacerse a la idea de que ya estábamos en el campo misionero, y nos fortalecía mucho reflexionar en aquel versículo que dice: “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo”. Parecía muy fuerte esa declaración, pero sentíamos que debíamos seguir a Aquel que lo dejó todo para venir a este mundo de pecado, dispuesto a sufrir y a dar su vida por cada uno de nosotros.

La casa que nos tocó estaba situada en medio de la selva. Los monos pasaban todas las mañanas saltando por encima de nuestro techo, y sobresaltándonos en nuestras camas. No estábamos acostumbrados a recibir semejantes visitantes cada madrugada.

Al parecer, llamábamos mucho la atención a toda la gente del lugar, porque más de una vez encontramos a chicos y grandes espiando por las ventanas que formaban las tres cuartas partes de las paredes. Algunas veces Daisy, acostada sobre su cama mientras leía algún libro, se encontraba con la carita de algún africanito curioso, pegada al vidrio de la ventana. Entonces refunfuñaba, un poco sorprendida y otro poco asustada:



El doctor Mangold con un médico voluntario en la sala de cirugía.

-¡Mamá, alguien me está espiando! -rezongaba al haber sido interrumpida su privacidad.

Así fue como decidí comprar en forma urgente tela para fabricar cortinas. Felizmente, a unos cincuenta kilómetros del hospital estaba Makeni, una ciudad donde podíamos hacer las compras de lo indispensable, y conseguí en la tienda de Hassan hermosas telas como para comenzar la tarea.

El trabajo en el hospital era interminable. Helard atendía a muchos pacientes con secuelas de poliomielitis o fracturas, y además le ayudaba a Rubén Rostán en la cirugía general. También había un equipo de cirujanos holandeses que habían llegado para operar muchísimos casos de traumatología. De manera que, al comenzar la vida de misioneros, mi esposo, con tanta ocupación, no tuvo tiempo de extrañar ni algo que se le pareciera.